

LAS SEIS PARADAS

“María”

¡Con que se trataba del Dios del viento, ¿eh?!

Ya decía yo que alguna razón debía existir. Esta resistencia que tenía hasta hace unos momentos, ¡era por la presencia de este dios! Bien, pues una vez que tiene nombre aquello que daba vueltas y vueltas a mi alrededor, como confundiéndome, distrayéndome, o peor aún, alejándome de este poder de la escritura; aquí voy, a encontrarme con mi propio río, mi propio reflejo, a ver qué alcanzo a ver en el fondo...

Primeramente, reconocer que me gusta el ritual que enmarca el oficio de escribir. Hoy, he robado tiempo en mi lugar de trabajo, el que creo merecer después de una jornada de compromiso con mis asuntos pendientes.

Me gusta mucho mi oficina: amplia, paredes blancas y por ahora, “pelonas”, pues apenas me estoy –también- apropiando de ella, al recién estrenar este puesto. La música, no puede faltar su compañía; sobre todo si es clásica, barroca o zen, siento que este tipo de música es la que le da masajito a las ideas que andan danzando y que esperan ser invitadas a salir. Sentarme cómodamente, indispensable. Sin zapatos, de preferencia. Me gusta sentir todo lo que estoy tocando, tanto con las manos, como con los pies.

Líquido, muy necesario, para que fluyan los sentimientos, justo como ahora que mi corazón late tan rápido, que ya no sé si es ansiedad, emoción o qué, pero me gusta sentirlo así. A veces, agua simple, otras, cuando lo que estoy escribiendo es más profundo, un rico té de manzana con canela. Y cuando de encararme con las emociones del “patio de atrás” se trata, entonces mi amigo el cigarro es el acompañamiento ideal.

Ese cigarrito que, al encenderlo, parece decirme: “muy bien, Marisela...María Marisela...aquí vas otra vez. Me gusta ver tus dedos casi volando por la prisa de escribir rápidamente las palabras que veo en tu mente, ¡no sea que me las vaya a llevar con el humo!”

Entonces, reparo en mis nombres: María, Marisela. Recuerdo que cuando era niña no me gustaba, ni uno, ni otro. María, porque era sujeto de burlas por parte de las y los compañeros: “ja,ja,ja, María, como las ‘Marías’ del mercado”, solían gritarme. En ese tiempo y en esa edad, por supuesto no sabía (ni sabíamos) que eso se llamaba violencia verbal, discriminación. Marisela. Siempre he pensado que es un nombre que suena fuerte, firme...ahora que lo re pienso, veo que es porque tal vez de pequeña, -también-, no recibí un trato verbal cariñoso por parte de mi mamá. Es más, ahora que trato de recordar, veo que era raro que se dirigiera a mí por mi nombre y, cuando lo hacía, era porque estaba hablando de mí con alguien más.

Hoy en día, sigue siendo así. Afortunadamente, ahora lo acepto y ya no me causa dolor al hablar –o escribir- acerca de esto. Bueno, y he de decir, gracias también a las no sé cuántas sesiones de terapia para poner “reconciliarme con la madre”, si no, ¡me hubiera dado en la misma, verdad! ...Veo con gusto en este momento, que también me estoy apoderando de mis nombres:

María: de origen hebreo. La elegida, la amada por Dios. Es el nombre más popular entre los cristianos, por ser la madre de Jesús.

Marquisela: (lo más cercano a Marisela), de origen francés: pequeña marquesa.

En el sitio de esta moderna herramienta, internet, que consulté para por primera vez saber qué significan mis nombres, esto fue lo que encontré. En cuanto a la descripción de la personalidad de quien los porta, coinciden muchas cosas. Sí, en efecto, como una marquesa, me gusta la comodidad, dar órdenes y vivir en orden. Claro, esas órdenes, me gusta darlas con cortesía y amabilidad. En efecto, me veo atraída por trabajar con y para la gente. Me dio mucho gusto ver que decía “puede ser buena para...maestra o...escritora”... ¡pero este canijo dios del viento, sigue por aquí!, ¡ya lo sentí! Porque escribir *maestra*, lo hice con fuerza y gusto, pues es una de las actividades que realizo con muchísimo placer; pero, teclear *escri-to-ra*... lo hice despacio y con duda...

Es insistente, se expresa con autoridad y lealtad, continúa la descripción. Así que, veo revelado ahora mismo, que lo que quiero, necesito y ordeno (autoridad y

lealtad) al dios del viento, es que se retire de mi espacio. Éste que he preparado solamente para mí. La música que me deleita, no llega a sus oídos; mis pies no tocan ni su sombra; mis manos no se ocupan de su presencia para intentar tocarlo –si es que aún sigue aquí- y si sigo con la sensación de que por aquí continúa merodeando... ¡le echaré el agua que había servido para mí!

Septiembre 9, 2010

(Con ayuda, de alguna forma, de las Serenas...)

Mujer completa

“Siempre hay que darle la oportunidad a alguien, acuérdense”...fueron las palabras del licenciado Alejandro Nieto. Sí, es hombre, por eso lo incluyo aquí, porque estoy haciendo caso de su recomendación y le estoy dando la oportunidad de integrarse y conocer a dos mujeres sabias, que como él, han estado -y estarán- presentes en aquellos momentos en que, mágicamente, se aparecen no sólo la palabras o frases que me alentaron, sino hasta el olor o calorcito de su presencia.

Ahora mismo me veo con mis calcetas, falda larga y suéter aguado, sentada frente a la máquina de escribir eléctrica, tecleando a toda velocidad algún procedimiento que describía cómo debía mandarse la leche a cada lechería que abriría a las cinco de la mañana. Recuerdo cómo me sorprendía ir leyendo esa descripción. Inmediatamente, imaginaba aquella que estaba a un par de cuadras de la casa: justo en la esquina, pintada de azul y blanco. Veía cómo todavía estaba oscuro y podía con claridad contemplar a las señoras formadas con sus bolsas del mandado, sus suéteres gruesos, algunas tapadas con rebozos; esperando a que abriera la lechería y poner sus cubetas para recibir un par de bolsas de plástico conteniendo tan rico líquido, a cambio de hacer un par de perforaciones en su *tarjeta de la leche* y algunas monedas.

...”usted tiene capacidad, no se quede aquí, trabajando de secretaria. Siga estudiando, hay muchas más cosas que puede lograr. Alguien me lo dijo una vez, ahora yo se lo digo a usted, y espero que algún día, usted se lo diga a alguien más...” fue la frase completa de aquel hombre para quien, hasta hoy, guardo agradecimiento, cariño y deseos de que haya seguido recibiendo muchas oportunidades, pues un hombre que ve al interior de una chamaca de diecisiete años que solía rezongarle toda instrucción que recibía; la capacidad y lo dice sin esperar nada a cambio, sólo con la esperanza de que sus palabras hagan eco, merece todo mi reconocimiento y admiración, varios años después, cuando por la historia que se fue tejiendo a partir de esa edad, esa capacidad se ocultó por un tiempo. Mejor dicho, el temor la escondió en algún rincón de mi mente inconsciente, en algún cajón de mi archivo interno, ese en donde fui guardando los folders con papeles arrugados, viejos, sucios, con escritos apenas legibles.

También ese archivero que tenía un cajón especial, con una chapa especial, que por ende, necesitaba de una llave especial para abrirse. El destino, la vida, el universo, yo; todo junto, se encargó de encontrar esa llave. Pasaron varios años, he

de decir, para poder primero, reconocer la existencia de ese cajón; después, para tener la idea clara, que pareciera obvia, pero no lo fue, de que se podía abrir.

Y como en las historias fantásticas de los cuentos, se abrió ante la frase encantadora: “Marisela, mujer completa”... de Rosy, que con ese tono de voz tan dulce y protector, me acompañaba en cada uno de esos viajes hacia mi interior. Literalmente, pues la hipnosis ericksoniana es lo que nos brinda viajar adentro de nosotras, con aventuras, imágenes, emociones, nervios, miedo, todo, todo eso que nos hace sentir vivas.

Después de varios años en los que me convertí en “viajera frecuente”, finalmente, me vi completa. Así como lo decía el mantra que amorosamente repetía Rosy. Pues desde aquellos diecisiete de calcetas hasta esto de darme cuenta de que algo me faltaba, ocurrieron muchas cosas que fueron rompiendo esa totalidad mía. Cosas como el abandono, el desamor, el dolor, la venganza, la violencia, la soledad, la desilusión, fueron robando pedacitos de mí.

Por fortuna, siempre hay una reparadora. Una mujer sabia que se cruza en nuestro camino cuando estamos a punto de quedar desfallecidas. Esta mujer de apariencia fuerte, segura, protectora, se convirtió en una madre para mí. Ahora lo digo con libertad, sin culpa, porque sé que como las lobas, podemos acercarnos a la manada y encontrar el calor que, colectivamente, se genera en espacio.

Y fue así como pude completarme. Como pude reconstruirme gracias, efectivamente, a la capacidad que años antes, un hombre hizo notar en mí.

Fue después de esta reconstrucción que se iluminó mi corazón cuando un día en medio del mantra de Rosy, sentí la presencia de mi abuela, aquella gran sabia número uno en mi vida, que siempre tuvo una palabra (muchas) para el momento indicado. De quien heredé hábitos que al día de hoy conservo, como comer dulce y salado al mismo tiempo, escuchar la radio, conversar sin cansarme, compartir mi mesa y ser solidaria con otras mujeres. El olor a fresa que me lleva a su lado, disfrutando de un espumoso licuado y un rico sope, trajo consigo el susurro de una de sus tantas recomendaciones: ...”báñate después de que hayas dejado tu casa limpiecita”...

Hoy, después de más de veinte años, comprendo, veo y siento, que su recomendación no sólo se refería a la casa física en donde vivíamos, sino a mi propia casa. Esta que se ha reconstruido, completado, reconocido y fortalecido. Así es, un rico baño se disfruta más cuando la casa ha quedado en orden...

...pensando en ti, abuela querida, porque sé que estás aquí...Gracias.

Septiembre 28, 2010

LAS TRES

COM-PLE-JO, COM-PLE-JO. Veo claramente cómo se imprimen estas letras sobre una gran montaña: son grandes, gruesas, duras, negras. Repentinamente, voltean de vez en vez a mirarme con ojos fijos y de manera profunda, como reclamándome “porqué nos sacaste de tu vida”. Se niegan a soltarse, se aferran con la ilusión de que podrían regresar.

Las estoy remarcando con toda calma, relleno los huequitos que pueda haber entre su contorno y el interior. Ahora puedo tocarlas, olerlas, sentirlas, hasta recostarme en ellas, porque ya no estoy enojada con la palabra que forman.

Y como sé que también pueden escuchar y sentir, necesito decirles algo muy importante. Primeramente, que no podrán regresar, lo siento. Después, que efectivamente por muchos años tuvieron el control de mi SENTIR, y que descubrí el profundo DOLOR que me causaron.

En realidad ustedes no fueron responsables, simplemente fueron apareciendo...

“Deberías aprender a Lupita, qué bien ayuda a su mamá”; “mira qué visiones de ropa”; “eso se llama no tener criterio propio”; “eres una desconsiderada”; “deberías ayudar a tu mamá”; “a duras penas si terminará la secundaria, si es que antes no sale con su domingo siete”... por recordar algunas frases que, como si se hubiesen mezclado en licuadora, sirvieron en grandes vasos las bebidas exóticas COMPLEJO, DOLOR Y SENTIR.

Sí, era visionuda, desconsiderada, floja, y lo más seguro es que no lograra llegar más allá que la secundaria, entonces fue fácil SENTIR que no valía la pena mi estar en esta vida, que tal vez sería corta por no tener una meta de largo plazo.

Ahora recuerdo cuántas veces me SENTI avergonzada de mi cuerpo al crecer, que se notaran mis senos, mis nalgas. Cuántas veces me SENTI apenada por vestir con ropa de segunda mano regalada por alguna de mis tías. Aún recuerdo el DOLOR de mi corazón cuando, aquellos niños sentados en el suelo frente a mí,

en el salón, me vieron los calzones por primera vez y no pude contárselo a nadie porque... ¡claro!, yo era una visionuda y eso les pasa a las visionudas, les ven los calzones.

Así es letras, ¿saben por qué uso anteojos? Porque me daban pena mis ojos, porque me decían “ojos de sapo” y quise taparlos de alguna manera; fue así que fingí no ver bien para que me pusieran unos lentes y ahora los uso porque yo misma lastimé mis ojos forzándolos de esa manera.

Como yo también me lastimé al aceptar aquel beso del compañero de secundaria, que no me gustaba, pero “¿quién más iba a besar a una fea ojos de sapo?”; o como cuando le hacía la tarea a otro chico porque me hacía el favor de ser mi novio o cuando andaba desesperada consiguiendo dinero para comprar un regalo del 14 de febrero para el novio que por fin se había fijado en mí. O como cuando me acosté con el primer hombre en mi juventud que se fijó en mí y... ¡quiso tener sexo conmigo! ...eso no se podía desaprovechar.

¡Ah! Pero ésta es buenísima, queridas letras COM-PLÉ-JO, DO-LOR, SENTIR. Qué tal cuando cumplí 15 años. Me sentí fea, me dolía verme al espejo con ese peinado horrendo de chinos que me hicieron y me sentí destrozada cuando el chico que me gustaba, llegó con su novia. Ese día yo misma me convencí de que en verdad, como dice la canción del “Juan Ga”, “yo no nací para amar”.

Eso, ya veo que empiezan a aflojar, que se dan cuenta por fin de que ya no hay lugar para ustedes, chicas. Agradezco su gesto compasivo, pues ahora que les cuento sólo una parte de su efecto en mi vida, entiendo que su desvanecimiento es una muestra de pena hacia esos años. Lo entiendo y se los agradezco. Sí, me conmueve su gesto amable, que contradice en todo momento su significado, pero entiendo lo que me quieren decir sin hablar.

Ve esa “O” como cierra un ojito como si me dijera “te entiendo” o “lo siento”. Miren, la “S” forma una palabra nueva: SOLTAR. Sí, es lo que estamos haciendo ahora mismo, yo las suelto a ustedes porque ahora les puedo platicar qué pasó y ustedes me sueltan porque me están demostrando que se pueden TRANSFORMAR.

Qué bien, ahora veo que la montaña está limpia, veo brillos bailando a su alrededor y me veo sentada ahí, sintiendo el aire que me acaricia los ojos, mis ojos lindos que me gustan, que me han permitido ver cosas tan maravillosas como el mar, el cielo estrellado sobre un techo mientras me hacían el amor. Sintiendo la fuerza de la tierra que me sostiene y que su dureza, en lugar de causar dolor, me da seguridad y confianza, y me siento tranquila por haber tallado estas tres palabras que por fin me han dicho adiós.

Octubre 21 2010

Cruz vive en la calle del Olivo.

Ésta soy yo. Quiero sentir. Si convivo en este mismo espacio con esas estrellas divinas, con el cielo oscuro que me cobija, si soy capaz de sentir mi piel chinita cuando mi hombre la acaricia, significa que ya estoy de regreso. ¡Sí, qué alegría me da sentir mi cuerpo!, el aire fresco al pasar me deja un suave mensaje: “disfruta”. La noche se ha vuelto cómplice de mi liberación. Qué mejor momento que la oscuridad que tanto se relaciona con el placer.

Es la primera vez que veo una luciérnaga y me tiene maravillada. De verdad, quiero llorar. Pareciera que me han mandado de allá arriba una danza especial para acompañar este momento.

Siento en mi espalda el calorcito que sale del techo. Sus manos, que conocen a detalle mi cuerpo, se deslizan suavemente al tiempo que mis piernas se descubren y van saliendo lentamente del pantalón.

Tengo miedo, todavía el espanto del “qué dirán” llega a hacer una aparición rápida. Pero en ese instante, me tomo de sus manos y al sentir su fuerza, me regresa la calma y la seguridad y ese sonido de paloma, o no sé qué pájaro andaba cerca, parecía decirme: “en tu cuerpo mandas tú y eres libre de sentir”.

He escuchado que cuando te vas a morir es cuando ves pasar tu vida rápidamente como una película. Pues yo he de haber muerto por un instante, pues empecé a ver esos momentos en que estuve tan distante de mi cuerpo, cuando me avergonzaba de mis senos grandes, cuando me dieron una nalgada en la calle y pensé que era porque yo me vestía así. Cuando me negué el sentir fresco en el sur de mi ser, al ver una escena candente o a algún hombre atractivo para mí.

Así que dije “no más”. Placer, vida... ¡Allá voy! Y entonces cerré los ojos, mantuve una respiración relajada y profunda. De forma consciente todo el tiempo sintiendo desde los dedos de mis pies hasta mi cabello. Fui abriéndome al sentir la

vida, la noche, el calor, el fresco, todo. Como si ese momento fuese la última oportunidad para reconectar conmigo misma.

Ahora sé que los gatos se la pasan bomba cuando se hacen el amor en los tejados. Es una sensación de estar por encima de cualquier pensamiento – literalmente- . Es como una forma de querer tocar el cielo y sobre todo, una expresión de libertad.

Este momento que guardo en mi corazón, y que todavía mi cuerpo recuerda con emoción, es el que quiero que siempre refleje mi imagen ante el espejo. Esta imagen de mujer que ha ido aceptando cada parte de su cuerpo. Que ha ido sanando cada herida de la vida que ha ido dejando huella en él.

Mi cuerpo es mi mejor diario. En él está la historia de una niñez en que el asunto de LOS cuerpos era algo malo. La adolescencia que despierta al sentir y ahora me da ternura recordar, los primeros fajes o besos que sentí, los que me gustaron y los que no. Mi primer encuentro con la sexualidad en pareja. La maternidad. Me da mucho gusto que ahora pueda registrar en él, sin culpa y sin miedo, el placer, la sensualidad y el autoerotismo.

Con amor, para Cruz. Que vive en la calle del Olivo.

Noviembre 5, 2010

LA GRAN MAESTRA

Llegó la hora, mi vida, saldrás a este mundo, deseo que seas un ser libre e independiente, que yo no estorbe tu camino y sepa guiarte y acompañarte, me hizo muy feliz tenerte en mí este tiempo, te quiero.

Éstas, recuerdo, fueron las palabras que le dije a mi hija cuando mi cadera parecía abrirse de dolor y de calor. Estábamos las dos solas en la casa y traté de poner en práctica los ejercicios que había aprendido en el curso psicoprofiláctico: me recargué fuerte contra la pared, tratando de “soltar” el vientre, pero me parecía hasta ridículo, pues de verdad los dolores aturdían mi pensar.

Esa noche ha sido la más larga de mi vida, las contracciones cada vez eran más rápidas, pero no dilataba más de uno. Finalmente, al día siguiente, llegaste no por la vía que yo creía que deseaba, pues en el fondo me aterraba parir, sino por la más rápida para las dos.

Ver tu carita junto a la mía cuando te acercó el pediatra me hizo sentir una gran ternura, sorpresa, admiración, emoción, alivio, todo. Escuchar tus chilliditos cuando te estaba limpiando, me hizo sentir segura y tranquila, pues tus pulmoncitos sí que empujaban fuerte ¿eh?, garantía de que venías sana.

Yo creo que al sacarte de mi vientre se llevaron también la seguridad y la tranquilidad y cualquier otra herramienta que me hiciera falta para enfrentar lo que vendría después: depresión post-parto. ¡Qué cosa tan espantosa! Llorar por nada, sentir un temor inmenso, que no me inmovilizaba porque tú necesitabas comer. Me dolía arriba, me dolía abajo, me dolía el corazón, el alma. Por el abandono de tu padre justo después de que nacieras, que dicho sea de paso, no sabes. No podía entender su reacción, la mía. Te veía tan chiquita, como una linda cría de foca y más ganas de llorar me daban al ver tus brazos tan pequeñitos, tus mini manos, tus mini pies; verlos tan pequeños más grande era mi tristeza y mi dolor.

Para mí, tu nacimiento representa un antes y un después en mi vida, no sólo por las razones obvias y la señal que quedó en mi vientre o porque desde entonces la panza no volvió a ser la misma, sino porque la vida me develó el misterio más profundo que hasta ahora pueda haber vivido: la vida y la muerte.

Mi abuela materna estaba muy enferma, llevaba varios meses en cama y yo la había visto. Tú tendrías algunos días de nacida cuando empeoró su condición. Recuerdo esa noche: sentí su llamado, no puedo explicar cómo, pero me llamó, lo sé y eso me es suficiente. Llamé desesperada a tu papá para que viniera a cuidarte. Pedí un taxi. Me angustiaba terriblemente intuir que el tiempo ya no iba a ser suficiente.

Llegué al hospital. Ahí estaba mi mamá, como yo le decía por haberme criado hasta los quince años. Para mí, ella era mi madre y lo sigue siendo de alguna forma. En este instante vuelvo a ver su cara. Sus ojos diciéndome algo, tal vez despidiéndose, tal vez un “si llegaste, qué bueno”, ó “quería verte por última vez, adiós”, ó “acuérdate que te quiero mucho y que te estaré cuidando siempre”. Nos vimos por un rato. Yo trataba de decirle con mi mirada, gracias, gracias por tus cuidados, por tu tiempo, por tu compañía, por tu cariño, porque aun enferma y sin poder moverte, seguías cuidando de mí y ahora de mi hija, pues pediste que no la sacara ni yo saliera después de que nació. Cuidando esas costumbres de mujeres sabias que entienden que parir es renacer para la mujer y que hay que “sacar el frío” y “dejar que los huesos se vuelvan a acomodar”. Yo creo que lo que se acomoda es el alma, el corazón.

Ese fue el último día que la vi viva. Que la sentí. Nos despedimos. Después vino a cumplirme algo: en un “sueño” me visitó. Te cargó, te beso y me dijo: “ya la conocí”. A la mañana siguiente, me desperté con mucha tranquilidad, ahora sé lo que se siente vivir esa frase tan socorrida “paz en el corazón”.

Desde ese día te encomiendo siempre a ella. A nuestra guardiana. A nuestros guardianes, pues ella y papá Luis son ahora nuestros grandes protectores. A quienes recurro cada vez que necesito ayuda, que es casi diario. Cuando me siento desesperada, desorientada, desolada o profundamente triste como ahora. Triste porque creo que esas palabras que te di de bienvenida, realmente se han

materializado tan profundamente, que en efecto, te estás convirtiendo en una hermosa puberta independiente, libre. Lo que no contemplé en esos momentos fue que, el desearte que fueras tú, libre, me excluiría a mí.

Algo tan obvio, no lo pensé, sino hasta doce años después. Ahora que siento el enojo que tienes hacia mí. Que no quieres hablarme cuando no estás conmigo. Que te quejas de mí con tu papá y su nueva esposa, que no quisiste que fuera a tu graduación de primaria, que me pediste ir a vivir con tu papá. Que me acabaste de ensartar con el dibujo que hiciste de tu familia en el que figura como tu mamá la esposa de tu padre...

Imagínate, hija mía, si a esta edad me traes en medio de un torbellino, me pregunto ¿qué pasará más adelante? La respuesta que encuentro para tranquilizarme es que tal vez, como dicen los filósofos orientales, tú seas mi gran maestra, quien ha venido a esta vida a enseñarme el desapego, la libertad y ser yo misma precisamente.

Me duele la maternidad, ¿sabes? Y no te lo estoy reprochando, de ninguna manera. Sólo que lo necesito sacar de esta caverna oscura que había estado abandonada hacía tiempo. A la que no me había acercado a limpiar desde las entrañas, tal vez desde esta herida que mi vientre ahora oculta. Así, tal vez, ocultaba este dolor. Lo hablé muchas veces, lo lloré también. Pero en verdad es hasta ahora que lo estoy curando. Y se cura, porque justamente me estoy dirigiendo a ti.

Porque justamente, no podría decírtelo. Pero tampoco puedo dirigirme a nadie más, sólo por ti elegí ser madre. Sí, elegí serlo cuando creí que tu padre y yo éramos felices. ¡Fíjate. Qué cosas! La ingenuidad ha sido una de mis características. Gracias a ésta he vivido el desamor, la desilusión, el engaño, el abuso. Si mi preguntas si sigo creyendo en los demás, te diría que sí.

Por eso creo que esto que estoy viviendo al iniciar tu pubertad será pasajero, será para tu crecimiento emocional y para que te formes tu propia identidad. También creo que servirá para que, a su vez, yo resuelva cosas pendientes con tu abuela. Entiendo que a veces no te caiga yo bien, a mí me pasaba. Me disgustaba ver la cara de aburrimiento de mi mamá, sus quejas constantes, sus dolores. Que

su prioridad (como hasta ahora), sea lavar ropa en lugar de salir a caminar, a comer un helado, a ver la tele juntas.

Por eso, a veces, creo que tal vez tengas razón en no gustar de estar conmigo, pues estos últimos meses he tenido que arreglar varias cosas, el desempleo, la situación financiera, la salud, etcétera y como niña, tú querrás sólo divertirme y tener conmigo lo que tu padre te provee: comodidades materiales, dinero, diversión, compras y además, como tú me has dicho, dos hermanas y un perro. Y ahora, hasta una opción de cambiar de madre.

De verdad no sabes cuánto me duele tu enojo y distancia. Cómo me duele ver que has formado tu familia con la de tu papá, que en cierta forma es la tuya. Que me has sacado de tu mundo. Me siento desplazada, rechazada, con una sensación de no ser una buena madre.

Y cuando pienso que no lo soy, reafirmo que mis dos decisiones de abortar han sido correctas. Tal vez porque busque una justificación. Y no para calmarme ¿eh?, porque no siento culpa. Esto es otra cosa que no podría decirte. Sonaría demente decirte algo así como “agradece que de ti si quise embarazarme”, cualquiera pensaría que estoy loca y que eso justifica tu elección de irte a vivir con tu papá.

No soy una mujer perfecta, hija. No busco serlo. Yo creí que tú estabas del otro lado, conmigo como madre, a diferencia mía que viví carencias, abandonos, maltratos..., yo te abrazo, juego contigo, te digo hija, soy cariñosa, te doy besos, te ayudo con tu tarea, jugamos juntas, leemos juntas, vamos al cine, en fin, cosas que yo creí podían hacerte sentir a gusto conmigo.

Ahora veo que me falta la American Express, el coche del año, el departamento con elevador, la maestría en España y los viajes a Estados Unidos que tu papá me lleva como delantera. Lo que yo tengo en comparación: salidas al parque, al cine, jugar “mata moscas” y “lince”, desayunar en el Lyni’s como parte de nuestra salida de fin de semana, comer pollo rostizado en casa de tu abuela; no son suficientes.

Perdóname, hija. Por no tener el dinero para ganarme tu compañía y poder estar cada ocho días en el Palacio o en Liverpool; por ofrecerte una semana de

vacaciones en el pueblo de tu abuela en nuestra casa que estoy pagando con mi crédito Infonavit, en lugar de ofrecerte ir a San Antonio de compras.

Me duele mucho ver que, a tus doce años, ya sepas de marcas, de moda, de status. Me duele porque veo que te darás tus tropezones cuando veas que eso son pantallas que no te dejan ver lo esencial de la vida, como dice *El principito*. Me duele porque veo que se repite la historia de tu padre: buscar el status y el prestigio. Tan lo está logrando, ¡que ya te vas a volver judía tú también! Fíjate, ahora peor, tendré que aprender a ser “una buena madre que no es judía”.

Si mi terapeuta leyera esta carta, tal vez diría que volví a las andadas con eso de la victimización. Si la leyera tu abuela, me pediría perdón. Si la leyera tu padre, reafirmaría que soy una puta, pues él se quedó en que sólo había tenido un aborto y fue de él. ¿De quién fue el otro? Si la leyeras tú, me dirías que no hay duda de que estás mejor con tu padre y TU familia y que lamentas no poder cambiarte mi apellido, como me dijiste.

Y deseo tanto pudiera leerla mi mamá (mi abuela) y me dijera una frase de esas fuertes, precisas y sabias: “déjala que se vaya, que pruebe lo que es estar allá, cuando le pase algo que no le guste, va a regresar y tú, llora todo lo que quieras, que no llorarás sangre”...

Me duele ser madre. Yo creo que ha sido la parte de mi sexualidad y vida que más me ha enseñado, pero también la que más me ha causado dolor, tanto físico como emocional. He vivido con culpa la maternidad, porque he seguido trabajando, estudiando, porque soy amiguera, porque ahora que tengo más libertad de manejar mi tiempo, soy pachanguera. Me pregunto si acaso debí haber renunciado a todo esto cuando decidí embarazarme de ti y cuando naciste y elegir ser mamá de tiempo completo, para que ahora tal vez esas hermanas que tienes las hubiera parido yo, y esa camioneta donde te llevan a la escuela la manejara yo y ese perro lo paseara yo. ¿A cambio de qué?, me pregunto, ¿de vivir muerta?

Por haber elegido vivir ahora me duele ser madre, porque me estás reclamando atención, tiempo, comodidades y yo, por cumplir con mi decreto de no estorbarte, creo que estoy fuera ya de tu vida.

Como te dije, te amo y mucho y por eso deseo que seas feliz en donde quiera que estés. Y sé, que cuando necesites de mí, ahí estaré. Espero más fortalecida, más madura, más mujer y menos madre-ada por ti misma, para poder acogerte sea cual sea tu circunstancia de vida. Que siempre cuente con tu confianza a pesar de no contar con tu compañía, como cuando preferiste decirme a mí y no a tu padre con todo y que te pone profesores particulares, que reprobaste matemáticas.

Mi pequeña gran maestra, gracias por tus lecciones. No sé aún, y no sé si alcance a saberlo, cuál es mi misión en esta vida, pero empiezo a creer que fue el ser el vehículo que trajera a una mujer salvaje a este mundo, porque tal vez ella tiene una gran misión que cumplir.

Yo, por lo pronto, gracias a una de tantas lecciones que me das a diario, he podido develar mi quinto secreto (y sí que lo era), a *Las Talladoras*.

JUEGO DE MESA

“Tome una”, dicen algunos dados de los juegos de mesa y cuando tomas la carta te encuentras con una sorpresa que puede arrancarte desde una mueca hasta un brinco de gusto por hacer lo que indica, según el juego de que se trate.

Desde hace dos semanas me siento atorada en una jugada. La carta que me tocó dice: “¿Cuáles son tus sueños?”

Al “leerla”, tuve la sensación de ser atrapada en el tiempo y desde entonces, me siento en pausa.

He andado de viaje entre el pasado y el presente, recordando las ilusiones que tuve cuando era niña y adolescente. Me da gusto ver que sí se me cumplieron. Cuando recuerdo que la ilusión de ser secretaria ejecutiva *bi-lin-güe* se hizo realidad, me siento como cuando era niña y vi los regalos de los Reyes Magos: “¡Sí, me trajeron lo que pedí!”

¿Qué estoy jugando?, ¿serpientes y escaleras? Esta tirada me hace reparar en que venía subiendo mi montaña sin ton ni son en muchas ocasiones, así como cuando te toca “escalera”: ¡Eso, sí puedo lograr lo que quiero! Me tocó serpiente: ¡Ay, no sé cuál es mi misión en la vida! No es tan raro en mí, pues tiendo a ir y venir rápidamente. Tomo un proyecto, tomo dos, tomo tres, ¡los que se pueda! ¿Por qué?... ¡No lo sé!, pero hay que hacerlo y rápido. ¿Para qué? ... Tal vez planteado así la respuesta pueda empezar a asomarse.

Ajá...con que en este juego no se vale tener sueños materiales. Muy bien, o sea, no quieren que haga trampa ocultando mis verdaderos deseos que, muy probablemente, no se puedan materializar... ¿O sí?...

“Espere a que alguien la rescate”; me toca en esta casilla donde me he parado varias veces. Entonces aquí como que empiezo a entender que tal vez este juego es una combinación de varios. “Ser una buena esposa”: deseo de otro. “Ser

una buena hija”: expectativa de otros. “Ser una buena madre”: tal vez nadie lo espere. “Ser una buena amante”: fantasía del momento.

Esta jugada me deja ver que he sido muy complaciente para el logro de los deseos de otra gente. Ok, puedo avanzar, ¡Un punto a mi favor!

“Pase al banco” dice en algún tablero. Cuando reviso la cuenta en que he ido abonando a mis ahorros, veo que hay un déficit que me da una pista.

Cuestión de Escrúpulos: “¿Confiarías tus más íntimos secretos a las Serenas?”

Entonces, con estas dos últimas jugadas me doy cuenta por fin que sí tengo deseos HOY, HOY: deseo fervientemente serenidad y calma en mi mente, hacer las paces con ella para poder ser más sensata en mis acciones y decisiones. Deseo tener calma en mi corazón para dejar de temer al amor y no huir entre tablero y tablero en este juego de vivir. Yo supongo que con estos deseos cumplidos, mi actuar puede ser más calmado, más sereno y, en una de éstas, hasta logre las cosas que quisiera vivir también: terminar mi maestría que tuve que dejar y escribir, escribir y escribir hasta que descubra muchas, muchas palabras para poder hacer muchos, muchos juegos con ellas.

Si consigo ver esto, así como mis regalos el día de Reyes en 1976, o verme trabajando como toda una secretaria ejecutiva bilingüe como en 1990, ese día que ahora será del 2000 y algo, podré gritar ¡Bingo!

Diciembre 7, 2010